

Decidido, el Acuerdo de Libre Comercio con EU

Murió el Viejo Nacionalismo

- ★ Privan Consideraciones Políticas más que Económicas
- ★ ¿Qué Concesiones se Harán Para Entrar a su Mercado?
- ★ Nadie Propone Alternativa Viable al Neoliberalismo

LORENZO MEYER

Quizá a estas alturas ya no quede otro camino que negociar un acuerdo comercial con Estados Unidos, tal como lo recomienda al Presidente el Senado de la República. Sería el primer tratado comercial mexicano-americano desde que dejó de operar el firmado al calor de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la necesidad del acuerdo no debe llevarnos a pretender que se trate sólo de un asunto meramente económico ni a revestirlo de virtudes.

Desde hace siglo y medio México se vio obligado a definir su proyecto nacional básicamente en función de su defensa frente a Estados Unidos: una defensa que al principio fue fundamentalmente militar pero que terminó por ser económica y política. Por ello y desde entonces, cada uno de los diversos aspectos de la relación de México con su vecino del norte tiene que examinarse tanto en función de sus propios méritos como de sus efectos sobre el proyecto nacional global que, por definición, debe buscar mantener o aumentar nuestra capacidad de independencia.

MURIO EL VIEJO

Segue de la primera plana

De acuerdo con lo anterior, las decisiones sobre nuestro comercio con países europeos o latinoamericanos pueden tomarse exclusiva o básicamente en función de consideraciones económicas, pero esa no puede ser la situación con relación a Estados Unidos. Las razones de esta diferencia son varias y obvias: la vecindad, la asimetría (la diferencia en la capacidad económica es de 1 a 10, si se le mide por el valor del producto per cápita), el carácter de gran potencia imperial de Estados Unidos y, sobre todo, el hecho de que esa gran potencia considera a México como parte fundamental de su zona de influencia y de seguridad. En estas condiciones, la decisión del gobierno de acrecentar la identificación del destino económico mexicano con el norteamericano por la vía del libre comercio, no es una decisión que debiera hacerse y justificarse sólo o básicamente con base en razonamientos económicos, sino que debería incluir las consideraciones políticas, que no ha sido el caso.

El Senado de la República acaba de concluir una serie de reuniones públicas para, supuestamente, conocer la opinión de diversos sectores en torno de las relaciones de México con el resto del mundo y llegar a una conclusión. Sin embargo, y como era natural, la discusión sustantiva se ha dado en torno de la conveniencia o no de suscribir un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos. Ahora bien, como de hecho los aranceles entre los dos países ya no son significativos (hace tiempo que

México los redujo unilateralmente para combatir la inflación y forzar a la industria a ser competitiva), el verdadero objetivo del tratado sería obtener para los exportadores residentes en México un seguro que evite que el creciente proteccionismo norteamericano les cierre las puertas que apenas están aprendiendo a abrir al norte del Bravo.

Para los que no somos economistas, nos es difícil meternos en un terreno donde los expertos dominan, pero, por otro lado, como las consecuencias de las decisiones que tales expertos tomen en este campo van más allá de lo meramente económico no queda más remedio que aventurarnos en ese terreno. Por la manera como se está tratando el tema, es posible suponer que fue hace tiempo que los responsables de la política económica mexicana —el Presidente y su gabinete— tomaron la decisión que les "recomendó" el Senado. Las supuestas consultas llevadas a cabo por los legisladores no fueron sino un crudo mecanismo para legitimar una decisión ex post facto. En efecto, en México todos sabemos que no obstante la presencia de un puñado de opositores, el Senado es un organismo absolutamente irrelevante en el proceso de toma de decisiones. Además, por la selección de los participantes, los organizadores se habían asegurado de antemano la conclusión: la plena compatibilidad entre el interés nacional y el tratado de libre comercio con Estados Unidos.

A estas alturas está claro que lo verdaderamente importante ya no es el hecho

de que el gobierno de Salinas de Gortari vaya a proponer al de George Bush un tratado de libre comercio, sino la naturaleza del mismo, es decir, ¿cuáles serán las concesiones que México va a hacer a su vecino para asegurarse que éste no pondrá obstáculos fiscales y administrativos al ingreso de los productos mexicanos a su rico mercado? Otra manera de decir lo mismo es esta: ¿hasta dónde piensa llegar México en la modificación de sus políticas internas para satisfacer a los intereses norteamericanos que consideran que aún hay muchas protecciones arancelarias en nuestro país?, como son ciertos incentivos fiscales, combustibles baratos o, incluso, el servicio de seguridad social que llevan a que el Estado cargue con parte de los costos que en otras economías los asumen directamente las empresas (Seguro Social, Infonavit, etcétera).

Sea como fuere, todo indica que fue el gobierno mexicano por voluntad propia y no el norteamericano, el que inició el proceso encaminado a formalizar una estructura de libre comercio entre México y Estados Unidos. A diferencia de lo que ocurrió cuando se discutió el posible ingreso de México al GATT bajo López Portillo, hoy no es el gobierno de Estados Unidos directamente el que empuja a México hacia la liberalización e integración comerciales, sino al contrario: es México el que demanda la cercanía extrema con su vecino como una forma de dar energía a lo que se quiere que sea el motor mayor de nuestra economía: las exportaciones y la inversión externa.

A querer o no, el ámbito político en que tiene lugar esta búsqueda de una mayor integración económica con Estados Unidos lo da el proyecto histórico mexicano que tenía como meta algo muy distinto: la creación de barreras frente al vecino del norte como la mejor defensa del interés nacional. La primera de estas barreras consistió en intentar colonizar el amplio y deshabitado norte mexicano a principios del siglo XIX con población nacional o extranjera, pero culturalmente distinta e incluso hostil a los norteamericanos. El intento fracasó y terminó en un desastre mayúsculo: la independencia de los colonos en Texas y la guerra con Estados Unidos. Más tarde, el proyecto conservador de ligar a México con la Europa católica por medio de un príncipe austriaco, también terminó en un desastre. Al final de ese siglo Porfirio Díaz optó por salvaguardar el interés nacional siguiendo políticas económicas liberales combinadas con un gobierno central fuerte, que procurará atraer suficiente capital europeo para impedir que los intereses económicos de Estados Unidos dominarán el campo; el éxito de este nuevo empeño fue muy relativo.

La Revolución mexicana propuso buscar el mismo objetivo pero por un camino distinto: nacionalizar los sectores económicos básicos, es decir, la tierra, el petróleo y los ferrocarriles. Por un buen tiempo este intento de salvaguardar el interés nacional frente a los norteamericanos por la vía de la nacionalización y de un poder político fuerte y con bases sociales masivas, fue

NACIONALISMO

más teórico que práctico, pero finalmente se materializó y tuvo éxito en los años treinta y con él concluyó el período histórico correspondiente a la Revolución. A partir de 1940, la postrevolución reafirmó la meta nacionalista, pero se propuso diluir al máximo

su liga con la justicia social que se había privilegiado en el período anterior. De ahí que justamente en nombre del nacionalismo —un nacionalismo que sólo seguía teniendo sentido frente a Estados Unidos, aunque no se dijera— Miguel Alemán y sus sucesores exigieron a los campesinos y en menor medida a los asalariados urbanos, un gran sacrificio para crear o consolidar un verdadero capitalismo nacional representado conjuntamente por las grandes empresas estatales como Pemex, CFE y los FFCC, y por los grandes capitales privados, asociados a nombres como los del propio Miguel Alemán, Carlos Trouyet, Antonio Ruiz Galindo, Enrique Ballesteros, Elov Vallina, Eugenio Garza Sada, Emilio Azcárraga, Bernardo Quintana, Manuel Esquivosa Yglesias, etcétera.

Este proyecto nacionalista postrevolucionario llegó a su fin con la crisis de 1982 y el surgimiento impenitente del neoliberalismo a escala internacional. Ocho años más tarde, la situación interna y externa que ha reducido enormemente el espacio vital del nacionalismo mexicano. Nadie ha propuesto una alternativa viable a la búsqueda casi desesperada del salinismo de la reactivación económica por el camino no de crear o mantener la distancia frente a Estados Unidos sino de lo contrario pa-

ra lograr un alivio a la deuda externa, ampliar y asegurar mercados para las exportaciones, inducir el retorno de los capitales fugados a Estados Unidos y alentar el ingreso de nueva inversión extranjera.

★

En estas condiciones, oponerse al acuerdo de libre comercio con Estados Unidos —y a la destrucción del viejo nacionalismo— sin proponer una opción realista no es válido ni mucho menos es efectivo. Sin embargo, lo que sí se puede hacer aquí y ahora es po-

dir —demandar— a los arquitectos del neoliberalismo mexicano —el grupo salinista y los 300 empresarios que presumen de ser el factor básico del éxito o fracaso de la política económica oficial— que definan no sólo su proyecto de reactivación de la economía (y del cual el acercamiento económico con Estados Unidos es uno de sus ejes) sino que expliquen claramente cuál es su proyecto nacional, y dentro de éste cuál es el papel del nacionalismo, si es que le asignaron alguno.

En vez del foro de con-

sulta senatorial que acaba de concluir con la recomendación prevista desde antes de que se iniciara la primera consulta, debería organizarse ya un Foro de Discusión del Proyecto Nacional Mexicano. Y ese foro no debería tener lugar en un sitio tan irrelevante como el Senado, sino en otro lugar más respetable, y donde no simplemente se buscara apoyar la política presidencial sino examinar a fondo nuestras posibilidades como nación en vista de los grandes cambios que se han efectuado en este fin de siglo.